

Entre la indignación y el voluntarismo: límites sistémicos y posibilidades políticas

José A. Zamora. Instituto de Filosofía (CSIC). Madrid

Lo primero que hay que hacer para salir del pozo es dejar de cavar.
Proverbio chino

Marx dice que las revoluciones son las locomotoras de la historia universal. Pero quizás [...] las revoluciones son un echar mano al freno de emergencia del género humano que viaja en ese tren.
Walter Benjamin

La riqueza es tiempo disponible, y nada más.
K. Marx

Por más que esa fuera la expectativa que se impuso en occidente tras la caída del muro de Berlín, el final de la confrontación de bloques y la victoria aparentemente definitiva del mercado total no dieron paso a un mundo pacificado y a una universalización de la prosperidad económica. Después de décadas de euforia neoliberal el horizonte de la humanidad se oscurece bajo el signo de un presente presidido por una gran crisis económica, un crecimiento escandaloso de la desigualdad y la precarización de la existencia de amplias capas en el centro y la periferia, un sinfín de conflictos armados e irrupciones de violencia y un aumento

bochornoso de la corrupción y las prácticas de gobierno antidemocráticas. ¿No han sabido aprovechar los pueblos de la tierra la gran oportunidad que les brindaba un proceso de globalización capitalista libre de alternativas y de grandes obstáculos políticos? ¿Es que individuos y sociedades no hemos estado a la altura de las exigencias que un proceso de esas características plantea? ¿Han sido las rémoras de un pasado presidido por las rigideces, las injerencias estatales, las carencias e insuficiencias del “capital humano”, las demandas socializantes, etc., en definitiva, por una especie “miedo a la libertad (del mercado)”, lo que ha impedido realizar el paraíso capitalista de la abundancia y el progreso? ¿O es la eliminación de frenos, cauces y compensaciones, el abandono de la dinámica económica capitalista a sí misma, el despliegue cada vez más libre de las “fuerzas del mercado”, lo que amenaza no sólo con colapsar la economía, sino con llevarse consigo en el colapso a la humanidad a la que esa economía dice servir?

No cabe duda que nos encontramos en una encrucijada social y política de enorme magnitud y que el destino aciago de los derrotados y aniquilados de la historia —los que siempre han vivido en un estado de excepción permanente— amenaza con alcanzar a los que hasta ahora se creían a salvo. Esto es lo que expresa el término crisis, momento de decantación en el que está en juego la supervivencia, si no de la especie humana, sí al menos de la *humanidad* con los atributos que hemos aprendido a otorgarle. De ahí la urgencia de la acción, la necesidad imperiosa de encontrar salida a lo que parece un callejón sin salida. Sin embargo, en una situación así, sería un error dejarse llevar por ilusiones vanas. La historia nos enseña que no es un peligro menor la transfiguración política de la impotencia en omnipotencia ficticia. No todo es posible en cada momento. Los procesos históricos no se revierten a fuerza de retórica y voluntarismo. Pero tampoco podemos olvidar que la ausencia de salida y alternativas se cimienta y refuerza con la ideología que la convierte en un atributo inalterable del statu quo. El mensaje de que no hay alternativa expresa en primer lugar y por encima de otra cosa la voluntad de que no la haya. Esto nos obliga a desentrañar con rigor el presente, para analizar sus bloqueos y el origen de los mismos, pero también para señalar las formas de praxis que pueden construir un futuro merecedor de ese nombre, un futuro no condenado a repetir lo existente.

El horizonte de la crisis

Aunque resulta muy difícil determinar si este sistema económico posee todavía la capacidad de una cierta recomposición y de mantenerse un tiempo más y, por tanto, de si asistimos o no a los inicios de la crisis que producirá una

transformación radical, los teóricos más críticos señalan que el capitalismo se enfrenta a límites internos y externos que difícilmente pueden ser afrontados sin una superación de las formas económico-sociales que lo definen como sistema. Desde que en otoño de 2008 la crisis de las “subprime” puso a los mercados financieros globales al borde del colapso, la coyuntura mundial sólo ha conseguido estabilizarse de modo puntual y fugaz. Es cierto que los gobiernos y los bancos centrales han conseguido inicialmente conjurar el amenazante colapso global de la economía gracias a la estatalización de urgencia de los créditos “podridos” y los agujeros de las inversiones fallidas (vía rescate bancario) y el crecimiento masivo del endeudamiento de los Estados (es decir, de la masa de los ciudadanos). Sin embargo, con ello probablemente no han hecho más que preparar el próximo golpe de la crisis de dimensiones aún mayores. Ahora vivimos bajo la amenaza de un estallido de la deuda estatal.

El intento de querer ver en el origen de esta crisis determinados excesos particulares o una supuesta perversión de la, al margen de esos excesos, triunfante y exitosa economía de mercado, desconoce que el desbocamiento de los mercados financieros, la especulación, el endeudamiento de los Estados o sea lo que sea que se presente en el caos de las opiniones como causa del mal actual, no es en realidad más que un síntoma de un proceso de crisis más profunda (Observatorio Metropolitano 2011). No nos enfrentamos a algún tipo de desviación que se pueda rectificar con un par de correcciones, más bien son los fundamentos mismos del sistema capitalista los que se están desintegrando. Si los límites internos de la revalorización del capital en el modo de regulación fordista-keynesiano, agudizados por la tercera revolución industrial, fueron los que empujaron a las élites económicas y políticas a propiciar una financiarización de la economía, es decir, a la creación de un sofisticado y complejísimo aparato de precapitalización de una futura producción de valor —algo que pareció permitir una autonomización del capital financiero frente a la economía real y resolver los problemas de sobreacumulación—, dicha autonomización es la que preparó el estallido actual (Fumagalli et al 2009).

La respuesta neoliberal a la crisis del Fordismo ha tenido un recorrido mucho más corto de lo que esperaban aquellos que se apresuraron a anunciar el “fin de la historia”. Sin embargo, la pretensión de recoger velas y volver a fórmulas neo-keynesianas pasa por alto que fueron los límites de ese modo de regulación los que abrieron la puerta a la era neoliberal. Lo mismo que en la segunda mitad de los años 70, cuando el programa keynesiano ya no funcio-

No cabe duda que nos encontramos en una encrucijada social y política de enorme magnitud y que el destino de los derrotados amenaza con alcanzar a los que hasta ahora se creían a salvo

naba, los intentos actuales de los Estados para evitar la destrucción de capital y favorecer su recomposición por medio de la adquisición de títulos de propiedad financieros privados se han convertido en realidad en el sustituto de la acumulación privada de capital que vive sus horas más bajas. La expansión explosiva del capital ficticio sólo ha conseguido disimular durante tres décadas la crisis que afectaba a los fundamentos de la revalorización del capital. Ni los defensores de un plan estricto de ahorro y recorte del gasto, ni los defensores de abrir más las compuertas del dinero para estimular el crecimiento parecen querer ver que es el marco de referencia de esa conocida disputa entre (neo) liberales y (neo)keynesianos lo que se descompone. Es preciso recordar que desde mediados de los 70 también el mantenimiento de la producción mundial de riqueza (sobre todo en las grandes economías exportadoras) sólo ha sido posible gracias a un desorbitado endeudamiento tanto privado como de los Estados, es decir, a una operación gigantesca de absorción de valor futuro ficticio, que ahora los deudores no pueden reembolsar. La fabulosa pirámide de capital ficticio levantada en los últimos 30 años amenaza con derrumbarse y volverse como un bumerán contra los campeones mundiales de la producción (tradicionales y emergentes), que miran para otro lado y acusan de derrochadores e irresponsables a los que hasta ahora han sido consumidores de buena parte de su producción.

La política real anda atrapada en una disyuntiva sin salida. Si se impone una política de reducción drástica del endeudamiento estatal, esto no significaría como algunos proclaman un retorno a una sólida economía de mercado o a una economía "real" sana, sino una contracción brutal de la producción de riqueza al reducido nivel actual de la producción real de valor. A nadie se le oculta que dicha contracción iría acompañada de tensiones sociales sin precedentes que hacen probable la imposición de unas formas de gobierno autoritario o cuasi autoritario justificadas por el estado de excepción, independientemente de que se conserven o no formas democrática vaciadas de contenido. Si triunfa la política de seguir inyectando dinero y engrosando el endeudamiento de los Estados, es posible que se siga retardando el colapso, pero no por mucho tiempo, dado que la dinámica interna de la industria financiera también ha llegado a límites difícilmente franqueables, como ha mostrado el crash de 2008. Pero sobre todo porque la esperada recuperación económica no depende tanto del crédito disponible o el nivel de los intereses, cuanto de las expectativas de beneficio de las empresas. Además una política monetaria "expansiva" seguiría yendo de la mano de un rígido ahorro estatal con efectos destructivos sobre los sistemas sociales y las infraestructuras estatales, ahorro que también en esta política se sigue considerando necesario para restaurar la confianza de los mercados financieros. Ahora bien, si comparamos las posibilidades de ahorro por medio de recortes (sin contar su inefi-

cacia en un período de recesión) y la gigantesca pirámide de deuda privada y estatal (la conversión de la primera en la segunda es la operación que está en marcha en estos momentos), parece evidente que existe una desproporción insalvable. Como en el cuento del rey desnudo, la desnudez que todo el mundo ve y nadie se atreve a nombrar es que la deuda nunca será pagada.

Los límites de las políticas anticrisis hegemónicas se derivan, si no de un límite interno infranqueable de la lógica de la acumulación capitalista (Wallerstein 1998, 2010; Kurz 2012), sí cuando menos de su creciente inestabilidad y fragilidad (Kliman 2012; Leibiger 2013). Además dichas políticas también se enfrentan a otros límites externos no menos relevantes si tenemos en cuenta sus efectos sobre la realidad natural, social, política y cultural (Bader et. all 2011, 16ss.). La coacción al productivismo y al crecimiento ilimitado y sostenido (que no sostenible) choca con los límites del ecosistema y los signos amenazantes de dicho choque se han convertido en algo más que meros augurios negativos de los que eficazmente el sistema difamaba acusándolos de catastrofistas profesionales. Recuperación sería volver por la senda del crecimiento, es decir, de la agudización de la crisis ecológica. Sin contar

una amenaza todavía mayor: la del pico del petróleo y la crisis energética que ese pico muy previsiblemente desencadenará (Altvater 2012; Fernández Durán/González Reyes 2014; Fernández Durán 2011). También la expansión de la lógica de la mercancía y el intento de capitalización de todos los ámbitos de la vida social e individual genera una precarización y *vulnerabilización* masiva de las condiciones de existencia, no sólo en los países empobrecidos, sino de modo creciente en los países "ricos" (*miserabilización* de los jóvenes, los ancianos, los parados mayores, los hogares monoparentales, etc., desmonte y reducción de las políticas públicas,...), lo que pone en peligro la misma reproducción social (Martínez Virto 2014; Pérez Orozco 2014; Sánchez 2013; Vassort 2012). La relativa autonomía de los Estados y la política, su doble misión de garantizar y reproducir las condiciones jurídico-institucionales del sistema económico, pero también de garantizar la libertad y la igualdad, al menos formales, que pueden trascender esas condiciones, se va volviendo crecientemente inviable (aunque ciertamente no por primera vez en la historia del sistema). El capitalismo en esta fase no puede mantenerse sin anular o vaciar de contenido real los procedimientos democráticos y esto no puede sostenerse en el tiempo sin represión política y violencia policial. Por último, quizás sea en el ámbito de la cultura donde la penetración de la forma mercantil (sociedad de conocimiento, industria cultural, industria del tiempo "libre")

La fabulosa pirámide de capital ficticio levantada en los últimos 30 años amenaza con derrumbarse y volverse como un bumerán contra los campeones mundiales de la producción

está siendo más profunda y, por otro lado, donde es menos percibida. Pero la penetración mercantil del universo simbólico y el sometimiento de la cultura a la lógica del capital tienen efectos antropológicos devastadores y pueden socavar los fundamentos morales y simbólicos que el funcionamiento del sistema presupone, pero no puede producir por sí mismo.

Ante este panorama, nada está decidido de antemano. No existe una salida inscrita en la dinámica histórica o en la lógica económica, ni siquiera la seguridad de una salida. Como afirma A. Jappe, si algo hay programado en la dinámica del sistema capitalista es la catástrofe, no la emancipación; esa dinámica no conduce por sí misma al socialismo, sino a las ruinas (2011, 17; 47s). Por tanto, se hace preciso examinar las amenazas que están tomando cuerpo en medio de la crisis y los procesos que apuntan hacia una exacerbación de las contradicciones y sus efectos catastróficos bajo formas de gobierno autoritarias y represivas, así como considerar los procesos y las realidades que apuntan hacia una superación o transformación radical del sistema (Altvater 2010; 2012), o que al menos están cumpliendo la función de biotopos en los que se crean las condiciones de posibilidad de una alternativa (Comín/Gervasoni 2011). A la vista de la historia del sistema capitalista, esperar que una gran crisis se convierta por sí misma en partera de procesos emancipadores sería ingenuo e irresponsable. Por más que los límites internos y externos que el sistema capitalista encuentra en su carrera expansiva establecen no sólo la conveniencia, sino también la exigencia de una superación de la forma capitalista de producción y socialización, está por ver de qué manera se produce dicha superación y cuáles son las nuevas formas de organización de la producción y la reproducción social.

Indignación, protesta y movilización social: los límites de la política

Desde 2011 hemos asistido a una serie de protestas políticas y movilizaciones sociales impulsadas por la indignación no sólo ante la crisis, sino muy especialmente ante la forma de gestionarla por la élites políticas y económicas volcando los efectos más destructivos y dañinos sobre buena parte de los asalariados y de los grupos excluidos (Aranguren, García Roca, Vitoria 2014). Los ciclos de protesta que se inician en el año 2000 y que cristalizaron en lo que se ha llamado el movimiento altermundista o antiglobalización parecían nadar contra corriente en un momento de aparente expansión económica, expansión que terminó mostrando su verdadera cara especulativa en la actual crisis. Por eso, esa crisis ha concedido a los nuevos ciclos de protesta (diciembre de 2010 –Túnez–, febrero de 2011 –Egipto, seguido de Jemen, Libia y Siria–,

mayo de 2011 –España, a la que siguen Portugal, Grecia e Israel–, otoño de 2011 –las protestas llegan a los EEUU y Canadá con el movimiento Occupy–, etc.) un claro impulso y un plus de legitimidad.

Resulta imposible y quizás también no deseable reducir todas las protestas de este último ciclo a un denominador común, pero existen dos gritos que pueden ser considerados sintomáticos: el “basta ya” y el “no nos representan”. Si pensamos en España, pero no sólo en ella, en el primero se expresa el rechazo de la reestructuración neoliberal de la economía y del paso de tuerca que han representado las políticas de ajustes y recortes (incluyendo sus efectos asimétricos) con que las élites económicas han seguido imponiendo su agenda en medio de la crisis. Y, por tanto, la creciente percepción de injusticia social (Sánchez-Cuenca 2014, 126ss.).

Resulta insoportable que se descarguen los costes de la crisis sobre las capas más vulnerables de la población, mientras se rescatan bancos y entidades financieras con los recursos de todos. En el segundo eslogan se manifiesta el rechazo ante la cooptación de los representantes políticos y las instituciones del Estado tanto por los poderes económicos del propio país como por las instituciones internacionales al servicio del capital transnacional (Gil Calvo 2014, 42ss.). Podría

decirse que la crisis ha actuado como un nudo de procesos económicos y políticos de más largo recorrido, que a la luz de sus efectos y de la incapacidad política para abordarlos han perdido su carácter pseudo-natural y se han vuelto criticables y rechazables también para una capa mucho más amplia de ciudadanos que los grupos minoritarios que venían denunciándolos desde hacía décadas. Pero ya no está en cuestión meramente la forma de gestionar la crisis, no estamos solo ante un descontento basado en la valoración de un mal funcionamiento de las instituciones democráticas y las administraciones del Estado, sino que se cuestiona el sistema político mismo, la forma convencional de hacer política y su capacidad para representar verdaderamente los intereses de las mayorías sociales.

El hecho de que esa crítica se dirija de manera especial contra los partidos políticos tradicionales no significa en absoluto un rechazo de la política en general, sino más bien de su completo sometimiento a los intereses de unas minorías económicas: es lo que expresa el lema de “Democracia real, ya”. La manera como la llamada Troika ha ido imponiendo a los diferentes países intervenidos los “Memoranda of Understanding” ha permitido visualizar la completa subordinación de los intereses generales a unos intereses

El hecho de que la crítica se dirija de manera especial contra los partidos políticos tradicionales no significa un rechazo de la política en general, sino más bien de su completo sometimiento a unas minorías económicas

particulares precisamente con la colaboración de los que estaban llamados a defender los primeros. Frente a esta subordinación se propone una democracia participativa, directa, horizontal, etc., que, sin embargo, no excluye el camino de la democracia convencional, como muestran los nuevos partidos, las plataformas electorales, etc., que se remiten en su autodefinición al espíritu de los movimientos de protesta. En la autocomprensión de los nuevos actores la democracia debe adquirir un carácter eminentemente práctico al servicio de intereses sociales y políticos de las mayorías; partir de la prioridad de los problemas concretos que vive la gente y no de la prioridad de los intereses financieros y económicos.

No cabe duda de que asistimos a un rechazo global de la democracia liberal y de la lógica de representación vinculada con ella, lo que supone un replanteamiento muy importante del marco social, político y económico hegemónico en el que desarrollar las luchas emancipadoras. Lo que los actores

En la autocomprensión de los nuevos actores la democracia debe adquirir un carácter eminentemente práctico y partir de la prioridad de los problemas concretos que vive la gente y no de la prioridad de los intereses financieros y económicos

protagonistas del nuevo ciclo de protestas presentan como alternativa a la lógica de representación política es el desarrollo y la aplicación de mecanismos de decisión horizontales y consensuales propios de la democracia directa. En esta dirección conectan con determinados movimientos latinoamericanos (Zapatistas en México, MST en Brasil, Organizaciones de Base en Venezuela, movimientos indígenas de México, Colombia, Bolivia y Ecuador, etc.), percibidos como la primera ola de protesta antirrepresentativa, y se distancian de otros grupos activos en el movimiento

antiglobalización con escasa democracia interna (ONG, instituciones de solidaridad, think tanks de la izquierda, etc.). No cabe duda de que la forma como las organizaciones políticas tradicionales representan los intereses de la gente ha sufrido una crisis de legitimidad sin precedentes y ha perdido buena parte de su crédito también en los países del centro del sistema capitalista. Esas organizaciones políticas o sindicales tampoco han sido un factor central de las movilizaciones de protesta ni han podido cooptarlas y subsumirlas bajo sus cauces de representación.

Las nuevas prácticas que supuestamente representarían el principio de democracia directa no son las que definen el repertorio de las organizaciones tradicionales: movilizaciones en torno a problemas concretos ("mareas"), asambleas de base, ocupaciones de espacios públicos y bloqueos, escraches, defensa ciudadana contra la aplicación de medidas judiciales de expropiación,

etc. La democracia se redefine como proceso. En el discurso de los nuevos actores existe una tendencia a establecer una polaridad, que solo parcialmente responde a la realidad, entre la élite económico-política –el 1%– y el resto –el 99%–, lo que les permite redefinir la democracia como un espacio abierto para todos los que forman parte de esa inmensa mayoría social excluida de los mecanismos de decisión de una política secuestrada por el poder económico. Esto ha llevado a elaborar procedimientos asamblearios “participativos” –listas de intervenciones en asambleas, grupos de trabajo, discusiones y métodos de consenso, redes sociales de comunicación, etc.– que deberían ayudar a devolver la voz a quienes les ha sido secuestrada (Juris et al. 2012), todo lo cual es percibido como un proceso de empoderamiento democrático. Las luchas en que se manifiesta ese empoderamiento se producen mundialmente en torno a temas básicos concretos: la vivienda, el suministro eléctrico, el agua, el trabajo y la comida. Sin embargo, aunque no han faltado iniciativas y proyectos compartidos que buscan una configuración alternativa a la forma mercantil de las relaciones sociales y de la producción de esos bienes (recomunalización de servicios, cooperativas, sistemas de trueque, banca ética, etc.), no cabe duda que en este ámbito los resultados son muy modestos y extremadamente frágiles.

En las proclamas, manifiestos y programas de los movimientos de protesta se reivindica una sociedad igualitaria, solidaria y con un libre acceso a la cultura, una lógica productiva ecológicamente sostenible y un desarrollo orientado a la consecución del bienestar y la felicidad de ciudadanía, pero la forma de proteger estos objetivos frente a la lógica mercantilizadora consiste fundamentalmente en codificarlos como derechos básicos: “derecho a la vivienda, al trabajo, a la cultura, a la salud, a la educación, a la participación política, al libre desarrollo personal, y derecho al consumo de los bienes necesarios para una vida sana y feliz” (Manifiesto Democracia Real Ya), sin aclarar quién se ha de hacer cargo de su cumplimiento y de qué manera resultan realizables, ya que si bien se apela al papel del Estado, no se replantea de raíz la forma de producción social del bienestar tal como viene siendo habitual en las sociedades liberales capitalistas (mercado, Estado y redes sociales primarias y organizaciones sociales) (Razquin 2014, 67). El rechazo nominal, y a veces ni siquiera eso, de la lógica de valorización capitalista como forma de producción y distribución de la riqueza material y de los bienes y servicios va de la mano de apelaciones a la responsabilidad del Estado a la hora de asegurar la producción del bienestar social. Aquí la sociedad civil movilizada tendría el papel de evitar, por medio de la vigilancia y reivindicación activa, que el Estado no cumpla con su responsabilidad. Sin embargo, la separación entre lo económico, lo político y lo social es constitutiva de esa forma de valorización

y es reproducida constantemente por ella. La pretensión de que en las nuevas prácticas de “democracia directa”, suponiendo que en ellas no se reproduzcan los viejos problemas de siempre (vanguardia vs. masa, espontaneidad vs. organización, movimiento vs. aparatos representativos, lucha en el ámbito de la sociedad civil vs. lucha en el ámbito del Estado y con sus medios), se está dando alumbramiento a “otra” sociedad, “otra” economía, “otras” relaciones sociales, etc. resulta absolutamente desmedida, cuando no puramente retórica.

Es evidentemente que estamos ante un conjunto de luchas por una nueva “ocupación” de lo político (Lorey et al. 2012), pero es más que cuestionable que estemos ante algo más. Žizek ha identificado como una forma específica de ideología definir lo político como el conjunto de confrontaciones sociales en torno a la hegemonía en el sentido que le dan los herederos de Gramsci (Žizek 1994). Las teorías postestructuralistas y postmarxistas que inspiran esa nueva “ocupación” de lo político presentada hasta aquí, establecen ese plano de confrontaciones de manera absoluta e irrebasable, dejando de lado la forma primaria de ideología que resulta de la abstracción real que se origina

Los déficits de la representación política tienen un origen no meramente político y no se pueden solventar de modo puramente político pues exigen una transformación de la esfera económica

en la forma de la mercancía y en la autonomización de las relaciones sociales frente a sus productores. La forma de la mercancía, que se constituye a través del trabajo abstracto es la forma social fundamental de relación social que estructura las acciones y la conciencia social. “La producción en el capitalismo deja de ser un medio para ser un fin sustantivo, para convertirse en un medio para un fin (valor) que resulta, en sí mismo, un medio, en una

cadena infinita” (Postone 2007, 183). La desatención de esta forma se manifiesta en la idea de que las ideologías son parte constitutiva de la sociedad y que ésta debe ser pensada según un modelo agonal, esto es, que siempre habrá una hegemonía por la que se lucha en una sucesión indefinida de constelaciones de poder (Laclau/Mouffe 1987). Esto tiene un doble resultado: la totalidad antagonista de las relaciones sociales en el capitalismo es ontologizada y la idea de una sociedad que organice las relaciones sociales y con la naturaleza sustituyendo el principio de mediación abstracta en el capital es denunciada paradójicamente como ideología.

El fundamento de las manifestaciones de la crisis –destrucción ecológica, desigualdades, exclusión y precarización de la existencia– está enraizado en la forma autonomizada del metabolismo social con la naturaleza sometido a la revalorización del capital por medio del principio de mediación social

de la forma de la mercancía. Esta es la razón de que éste se sustraiga a una configuración racional. Los intentos de abordar las manifestaciones de la crisis que hacen abstracción de ese fundamento, suelen invocar una amenaza universal de la humanidad o de la nación por algo externo a la sociedad, a la que ha de responder una comunidad imaginaria por medio de una acción colectiva escasamente definida. Esa respuesta dependería exclusivamente de disponer de un instrumento adecuado para ello: la democracia participativa y directa que empodera a unos individuos juramentados con la solidaridad y la justicia y bloqueados por eso externo. Sin embargo, la transformación de las relaciones sociales y con la naturaleza no puede prescindir de la crítica de la economía política y de incorporar la crítica de la constitución capitalista de los sujetos. Las relaciones de dominación social incluyen, en esta perspectiva, una configuración de las relaciones y las subjetividades que somete a todos, a las élites, a las clases medias y las clases subalternas. Esto supone que las contradicciones sociales no deben ser excluidas de los sujetos constituidos por esas relaciones capitalistas, lo que incluye también, al menos parcialmente, a las condiciones de formación y desarrollo de los propios movimientos sociales. Pretender identificar la dominación capitalista con la dominación de una "casta" responde a una personalización fetichizadora de esa dominación con un efecto ocultador de la configuración que ésta impone a todas las subjetividades, ocultación tras la que a veces se esconde el paternalismo de unos intelectuales con vocación de pastores políticos.

La lógica de la representación a la que se enfrentan las propuestas de democracia participativa se funda en la separación entre economía y Estado, entre la lógica de la maximización del beneficio y la lógica del interés común. Las decisiones del poder del Estado defienden la segunda lógica bajo el supuesto de no cuestionar la primera, de la que depende su capacidad de intervención y que queda limitada objetivamente por ella. El arte de la "Realpolitik" ha consistido en asegurarse el apoyo de amplias capas de la población para un gobierno que garantice la reproducción del capital. Así pues, la transformación efectiva de esta "política real" exige una transformación de la esfera económica y no sólo nuevas prácticas de participación democrática, pues dicha participación está condicionada materialmente por el régimen temporal que impone la propia reproducción de la existencia a través del trabajo asalariado. Los déficits de la representación política tienen un origen no meramente político y no se pueden solventar de modo puramente político. Esto sería más bien la expresión de un voluntarismo ingenuo.

Se defina la autonomía relativa de la política como delgado recubrimiento de una sociedad constituida por mónadas competitivas que luchan por maximizar sus beneficios, como corsé republicano que intenta priorizar

la ciudadanía política sin suspender el mecanismo económico de dicha maximización o como traje de encaje nacionalista capaz de reforzar por medio del racismo y el etnocentrismo la integración precaria que ofrece la relación económica capitalista, tal como ha sido habitual hasta ahora, o se defina como democracia participativa, horizontal y radical, como pretenden los nuevos actores, mientras siga reproduciendo la escisión entre mercado y Estado, economía y política, la política quedará reducida a un desplazamiento de los equilibrios de fuerzas y las luchas de reparto bajo los que se reproduce la revalorización del capital. El alma doble del burgués-ciudadano que inaugura la era moderna se sigue reproduciendo ininterrumpidamente en nuevas versiones acordes con la evolución de las fuerzas productivas y las relaciones sociales. Aunque cueste admitirlo, el primado de la política, cuando ha ido más allá de una afirmación ilusoria en momentos de crisis, tan solo parece haber servido para reformar la integración coactiva bajo la forma de la mercancía. El Fordismo-keynesianismo es un buen ejemplo de ello (Kurz 2009, 533ss.).

Los sueños de *Global Governance* tienen su réplica en las pesadillas de quienes reciben la visita de los “hombres de negro” para imponerles las exigencias implacables del capital

Por otro lado, las pretensiones de compensar por medio de una ciudadanía mundial (con todos los objetivos imaginables: cosmopolita, multicultural, ecológica, etc.) la supremacía del capital transnacional frente a las estructuras estado-nacionales que debían ser el soporte de la regulación, o bien sirve para alimentar carreras académicas o bien para desviar la atención frente al poder económico que se encarna en el conjunto de instituciones internacionales a una distancia insalvable de los ciudadanos sometidos a ellas (Kurz 2005, 452ss.). Sólo el cinismo puede explicar que se espere de esas instituciones un poder de control global sobre los *global players* económicos. Los sueños de *Global Governance* tienen su réplica en las pesadillas de quienes reciben la visita de los “hombres de negro” para imponerles en nombre de dichas instituciones las exigencias implacables del capital transnacional. Pero el desequilibrio entre la transnacionalización del capital y la limitación estatal de la capacidad efectiva de regulación ya estaba inscrita en el alma doble del burgués-ciudadano. Ahora que la tercera revolución industrial pone de manifiesto los límites internos de la acumulación capitalista a partir del trabajo abstracto (pérdida acelerada de masa salarial) y la crisis ecológica y de reproducción muestra sus efectos destructivos más bárbaros, los escasos recursos institucionales de la “ciudadanía transnacional” no dejan dudas, se ponen al servicio del capital en descomposición, pero con capacidades coactivas casi intactas.

La nostalgia keynesiana que contra toda apariencia se cobija en las teorías (socialdemócratas) de la regulación pretende trasladar rasgos específicos del capitalismo fordista a la nueva etapa, reduciendo las transformaciones de la era postfordista a un proyecto político de unas élites movidas por la rapiña, que en realidad más que una mera cualidad antropológica es la expresión de una coacción sistémica al saqueo para sostener las tasas de beneficio en caída. Con todo, quien crea poder ignorar el desequilibrio existente entre el capital transnacionalizado y el marco de regulación estado-nacional, comprobará, como le ocurre a Grecia en estos momentos, que la voluntad de la ciudadanía no es recurso suficiente para enfrentarse al poder de ese capital. Pero no hay que confundirse, el poder del “capital financiero” no representa otras exigencias que las de garantizar al “capital productivo” su rentabilidad. Y aquí no hay cesiones: hay que bajar los salarios directos e indirectos bajo la presión de la deuda.

Lo que hoy se nombra con el término “modo de regulación”, por mucha complejidad social, política y cultural que se introduzca en él y por mucho dinamismo que se atribuya a la correlación de fuerzas sociales que lo sustenta, carece de capacidad reguladora si no se apoya en un régimen de acumulación. Los que veían en la financiarización el eje de un nuevo régimen de acumulación postfordista, han sido desmentidos por la actual crisis. Pero aunque las burbujas de capital ficticio no sean capaces de sostener por más tiempo la acumulación, poseen todavía una capacidad de violencia objetiva que bloquea de momento una transición **postcapitalista**. Por eso carece de sentido “colocar fantasías superficiales de ‘democratización’ sin mediación alguna junto a la vergonzosa admisión de la más dura perspectiva de violencia en el gobierno estatal de los seres humanos” (Kurz 2005, 455). Lo cual no significa afirmar que esa perspectiva carezca de alternativa, pues el hecho de que las estructuras políticas, la fuerza del derecho y las normas culturales que configuran las subjetividades tengan que ser funcionalizadas y movilizadas para asegurar la violencia sistémica de la relación capitalista, testifica que esa relación no se impone sin su concurso y, por lo tanto, que pueden ser transformadas al servicio de su superación.

Los escenarios previsibles y la inviabilidad de la opción reformista

Que el avance de la destrucción de la biosfera, el hambre y la pobreza absoluta de cerca de mil millones de personas a pesar de la existencia de riqueza disponible en el mundo, las guerras alimentadas por las exportaciones de armas de los países industrializados, la brecha en aumento entre ricos y

pobres y la erosión de la cohesión social, los efectos catastróficos de los mercados financieros, la evolución posdemocrática y la permanente conculcación de la dignidad de los seres humanos exija una superación del capitalismo, no significa que los escenarios previsibles a corto y medio plazo apunten en esa dirección. Ni el vuelco revolucionario parece estar a la puerta, ni las reformas moderadas son suficientes para responder a los retos del presente. Lo que el período postfordista ha mostrado es que hay formas de afrontar las crisis que pueden abocar a una nueva crisis de dimensiones aún mayores. Por eso conviene hacer un análisis de tendencias.

Si nos fijamos en la forma como las élites económicas y políticas han reaccionado a la crisis con una intensificación de los mecanismos de regulación preexistentes y un giro hacia políticas de austeridad, al menos en Europa, sin conseguir a pesar de ello dominarla, el escenario probable a corto plazo apunta en dirección a un neoliberalismo autoritario. En caso de que la demanda global no disminuya, cosa improbable, esto permitiría a ciertas economías exportadoras, como la alemana, mantener un tímido crecimiento sin necesidad de cambiar el modelo. Pero si la demanda se estanca y se llega a una situación de estagnación, se van a endurecer todavía más los conflictos de reparto y la brecha social se abrirá mucho más, lo que exigirá formas más autoritarias de control de las poblaciones. La incapacidad para controlar la deuda y las sobrecapacidades financieras pueden ser la antesala de un nuevo *crash* económico agudizado por la situación de recesión. Si se mantiene la falta de compromiso de las élites económicas para hacer cesiones en el reparto, un escenario como éste tendrá que acompañarse de un autoritarismo creciente con formas de integración que recuerden al fascismo, incluida la exclusión y persecución o criminalización de minorías debilitadas (migrantes, gitanos, excluidos, etc.).

También es posible que algunas fracciones del capital se muestren dispuestas a un compromiso para asegurar su posición de poder y la reproducción de la dominación. En esta dirección apuntaría un escenario de capitalismo verde. Hacer realidad este escenario exigiría un giro de las inversiones hacia la modernización ecológica y hacia nuevas formas de energía. La expectativa que movería este modelo sería producir un nuevo ciclo de acumulación e inversión que permitiera la creación de millones de puestos de trabajo y renovara la estructura tecnológica del sistema productivo. Se trata de la fórmula popularizada por el ex-vicepresidente de EEUU Al Gore. No cabe duda que este escenario contaría con el apoyo de una parte de las industrias energéticas, de las grandes empresas constructoras de infraestructuras e incluso de la industria automovilística ("coches ecológicos"), así como de ciertas empresas info-tecnológicas, bio-tecnológicas y nano-tecnológicas. Tampoco es descabellado pensar que estos sectores productivos lograsen movilizar recursos

financieros para sus objetivos. El crecimiento de las inversiones en este sector se cifra en varios billones de dólares anuales. La continuidad con la etapa postfordista resulta a todas luces evidente. De lo que se trata es de ampliar la lógica del mercado a la lucha contra la contaminación y a la sustitución inevitable de fuentes energéticas, promoviendo una cierta regulación financiera que “estimule” las inversiones necesarias e individualizando los problemas ecológicos para que puedan ser sometidos a la lógica de acumulación. Pero de esta manera el giro ecológico de la producción será sabotado mediante su simulación acorde con el mercado. Es lo que vendría a expresar la fórmula “más coches, pero verdes”, dirigida contra una reorientación del sistema de transporte hacia una drástica reducción y un predominio completo de los medios públicos. Pero si con esa reorientación es improbable que se pueda hacer frente a las amenazas ecológicas, no cabe duda que con ella sería inevitable una destrucción de los viejos sectores industriales y sus capitales. Además el capitalismo verde supondría un aumento del consumo de recursos y de las luchas por conseguirlos, un crecimiento de los desequilibrios mundiales entre países altamente tecnologizados y exportadores y países empobrecidos y contaminados. Por no hablar de la posibilidad de que se formen nuevas burbujas financieras en el sector de las tecnologías verdes. Tampoco es esperable que en este escenario se superen las desigualdades existentes hoy, que tan solo se teñirían de verde sin producir una transformación ecológica de la sociedad mundial.

Una variante de este escenario sería el *Green New Deal*, que se diferencia del anterior por un mayor peso de las organizaciones de la sociedad civil (ONG, partidos verdes, instituciones de investigación, etc.), un planteamiento más radical en la transformación ecológica de la economía, un mayor papel del Estado, soluciones ecológicas descentralizadas, una exigencia de consumo ecológico y una reglamentación mayor del mercado. Sin embargo, este escenario no ofrece garantías frente a una compensación de la eficiencia energética y ecológica por medio del crecimiento, ya que no modifica de manera radical las estructuras económicas. La reducción en la utilización de materias primas y de emisiones hasta 2050 de un 80% a 90% respecto a 1990, que exigen los análisis científicos, sería inalcanzable por esta vía. Tampoco se transformarían las relaciones de dominación y de poder, las relaciones producción y de género y los estilos de vida consumistas. La pregunta fundamental es además qué coalición de estratos sociales respaldaría un cierto freno y sujeción del capital si las transformaciones en este escenario traen consigo

También es posible que algunas fracciones del capital se muestren dispuestas a un compromiso para asegurar su posición de poder y la reproducción de la dominación

una destrucción masiva de capitales. Una pérdida de valor controlada de los viejos capitales fijos no sólo podría encontrarse con la oposición de sus dueños nominales, sino también de aquellos que se vieran afectados directamente por esa destrucción en cuanto asalariados. “El cambio radical de conjunto de la estructura productiva, la creación de una nueva base productiva y la transformación de los modelos de consumo, de la estructura de nuestras ciudades así como de las relaciones sociales con la naturaleza, sin tocar el modo de producción capitalista, reproducen sus contradicciones” (Candeias 2014, 317).

Todos estos modelos de reforma resultan insuficientes. El espejismo reformista consistía en fundamentar la redistribución en el proceso de crecimiento. Pero ni las tasas de acumulación actuales y previsibles dejan mucho margen a la redistribución (Piqueras 2014, 141ss.), ni la crisis energética y ecológica permite seguir apostando por el crecimiento, tanto más si tenemos en cuenta que la “economía real” tendría que crecer entre 10 y 30 veces más para cubrir la burbuja de deuda que ha creado la industria financiera en los últimos 30 años.

La crisis ha puesto de manifiesto es que ya no es posible una reedición del pacto social de postguerra y que una autorreproducción del capitalismo en su versión neoliberal amenaza con hacer inviable incluso el Estado de bienestar deteriorado

El modelo de desarrollo, crecimiento, industrialización y progreso que ha sido hegemónico durante dos siglos ha chocado con límites sociales y naturales y está en cuestión. Lo que la crisis actual parece haber hecho patente es que un retorno al “capitalismo social” de los años 60 (o su representación idealizada), es decir, a los buenos salarios y el pleno empleo, el Estado asistencial y las políticas de igualdad de oportunidades, etc. —quizás ahora flanqueado por un potente tercer sector solidario, algo de

economía ecológica y más participación ciudadana—, ya no va a ser posible. Y no porque ese capitalismo retrospectivamente idealizado no sea mejor que el actual. La cuestión es si sería ya posible, dados los límites internos y externos del sistema. Sin abandonar las luchas de reparto, sobre todo dada la gravedad del expolio, es preciso encaminar los esfuerzos a poner las bases sociales y culturales de una organización de la producción y la reproducción más allá de la valorización y el Estado capitalistas.

Insistimos, lo que la crisis ha puesto de manifiesto es que ya no es posible una reedición del pacto social de postguerra y que una autorreproducción del capitalismo en su versión neoliberal amenaza con hacer inviable incluso el sostenimiento de un Estado de bienestar deteriorado (Chaves Giraldo 2013, 291). Los límites de los Estados de bienestar clásicos se han agudizado con las transformaciones neoliberales del modo de regulación fordista-keynesia-

no y revelan todas sus dimensiones en la crisis. “Lo que hoy día se vuelve tan evidente subyacía ya en el Estado del bienestar de la época dorada del capitalismo” (Pérez Orozco 2014, 56). Mantener las tasas de beneficio cada vez permite menos la financiación de la reproducción de la vida de los que el sistema económico declara “superfluos”. En este sentido la lucha por la transformación radical de la sociedad tiene necesariamente que articularse con proyectos de transformación del sistema capitalista. No basta con seguir modificando y replanteando los equilibrios entre las diferentes esferas de producción del bienestar social –mercantil, estatal, doméstico-familiar y relacional- o mejorando su interrelación y las formas de producción de los bienes específicos en cada una de ellas, como si la agresividad del capitalismo agónico y la amenaza ecológica no constituyeran el horizonte inmediato de la acción política.

Esto exige ir más allá del reformismo, sin caer en una negación abstracta de lo existente que espera de un “después” del colapso que se instauren como por arte de magia unas nuevas relaciones con la naturaleza, con los otros y con uno mismo. Inversiones en transformación ecológica de la producción, políticas de redistribución, cambios en las relaciones de género, autonomía y pluralidad en todas las esferas de la sociedad civil, producción de bienes como infraestructuras, servicios y sistemas públicos, etc. pueden configurarse para asegurar la pervivencia de un sistema radicalmente injusto y asegurar la lógica del beneficio, cambiar todo para que nada se modifique sustancialmente, pero también pueden configurarse para caminar hacia un horizonte postcapitalista quizás hoy improbable, sin que se pueda señalar donde se encuentra el punto en el que las transformaciones al interior del capitalismo dan un vuelco en la gran transformación que lo sobrepasa. Desacreditar los esfuerzos por las transformaciones dentro del capitalismo porque no superan la lógica de acumulación y el dominio de la mercancía es un lujo que solo se pueden permitir quienes viven encerrados en la torre de marfil de la abstracción, como denunciaba en sus clases Theodor W. Adorno:

«Sería una abstracción mala e idealista quitarle importancia o incluso connotar negativamente la posibilidad de mejoras en el marco de la situación existente en aras de la estructura de la totalidad. Se estaría utilizando un concepto de totalidad que ignora por completo los intereses de los seres humanos vivientes aquí y ahora, lo cual implica un tipo de confianza abstracta en el rumbo de la historia universal, que yo, al menos en esta forma, decididamente no puedo aceptar. Yo diría, que cuanto más tenga la estructura social actual [...] el carácter de un bloque solidificado, de una “segunda naturaleza” increíblemente compacta, que mientras que eso sea así, tal vez las más modestas intervenciones en la realidad existente tienen una

significación mucho más grande de lo que por sí mismas les corresponde, casi diría, simbólica.» (Adorno 1993, 51s,)

Más allá del reformismo: la transición hacia el postcapitalismo

El *horizonte postcapitalista* en el que ha de inscribirse la lucha política tiene que vincularla con proyectos de *democracia económica* (Schweickart 1997; Comín/Gervasoni Vila 2011), de *bien común* (Daibert/Houtart 2012), de *decrecimiento ecofeminista* (Pérez Orozco 2014), etc. en los que se pretende replantear de manera no mercantil tanto la relación con la naturaleza como la (re)producción de la vida, la organización colectiva (la política) y la lectura, la evaluación y la expresión de lo real (la cultura). La transformación fundamental que persiguen estos proyectos es poner la producción de los medios de vida al servicio de la producción y reproducción de la vida, a diferencia de lo que ocurre en el capitalismo, en el que la anteposición jerárquica de la producción de medios organizada bajo el imperativo de obtener beneficios conduce a una subordinación de la vida que amenaza con destruirla. Hoy resulta evidente que existe un conflicto radical entre capitalismo y vida.

Esa subordinación de la vida posee un carácter estructural y es sostenida por un sistema de dominación. Para caracterizarlo, Frigga Haug usa el concepto de "nodo de dominación", en el que confluyen cuatro componentes: los trabajos sobre los medios de vida, los trabajos sobre las personas y la naturaleza, las actividades de autodesarrollo y autorrealización y las actividades de configuración (política) de la sociedad (Haug 2009). Estos cuatro elementos están entrelazados de manera múltiple y refuerzan una determinada estructuración de los demás. La apropiación del trabajo vivo en la forma de trabajo asalariado al servicio de la acumulación de capital refuerza la feminización, la invisibilización social y la desvalorización de las tareas de producción y reproducción de la vida o un sistema de representación política segregado de la ciudadanía, masculinizado y profesionalizado. El concepto de "nodo de dominación" tiene la virtualidad no sólo de mostrar como los diferentes elementos se refuerzan en el aseguramiento de la dominación capitalista, sino que advierte de la imposibilidad de deshacer el nodo si sólo tiramos, por así decirlo, de una hebra. Las transformaciones deberían abordarse en los cuatro ámbitos y reforzar una dinámica de transformación social hacia una forma postcapitalista de "hacer sociedad". Sin una reducción drástica y un reparto del tiempo de trabajo es imposible pensar en un reparto y en una revalorización social de las tareas de cuidado, por no decir una reconfiguración participativa de la política desde abajo y como asunto de todos.

Las claves culturales de esas transformaciones tienen que ver con la resistencia a la lógica de la competitividad y la selección del más fuerte, que va dejando una legión de perdedores y desechos humanos en su avance — resistencia que se apoya en prácticas cooperativas y solidarias en todos los ámbitos de la vida social; con la resistencia a la lógica del crecimiento infinito y la abundancia inagotable, que ni atiende a los límites ecológicos ni a los límites humanos del productivismo desbocado — resistencia que se apoya en prácticas de autocontención y austeridad a favor de la calidad de vida; con la resistencia a la tecnocredulidad y a la penetración tecnomorfa de todos los ámbitos de la vida cotidiana — resistencia que se apoya en prácticas de sometimiento de la innovación tecnológica a objetivos de humanización y satisfacción de necesidades; con la resistencia a la penetración de las individualidades por la lógica empresarial, que las convierte en nudos de recursos y competencias instrumentalizables — resistencia que se apoya en prácticas de afirmación de la dignidad de cada ser individual; con la resistencia a la lógica del conformismo y la adaptación a lo existente, que naturaliza el orden dominante y niega toda posible alternativa — resistencia que se apoya en prácticas de rebeldía e insumisión a la injusticia....

Las claves culturales de esas transformaciones tienen que ver con la resistencia a la lógica de la competitividad y la selección del más fuerte, que va dejando una legión de perdedores y desechos humanos en su avance

Ni el ciclo de protestas sociales que expresan la indignación frente al paso de tuerca neoliberal para afrontar la crisis (Velasco 2011), ni las estrategias más o menos silenciosas para afrontar el desempleo y los límites de la protección social (Martínez Virto 2014) están libres de ambigüedad. Pero ambas realidades evidencian la aparición de fracturas y grietas en el relato dominante sobre el modelo social, que ha sufrido una pérdida de credibilidad desconocida hasta ahora (Velasco Criado 2011). Las estrategias de supervivencia pueden reforzar la subalternidad o modelos psíquicos de reacción y formas ideológicas de elaboración de la situación que reduplican la intimidación, la impotencia o la culpabilización de las víctimas, esto es, pueden reforzar las estrategias del bloque dominante. No se descubre nada nuevo señalando que las crisis capitalistas son también el caldo de cultivo de actitudes irracionales o movimientos reaccionarios. Por eso habría que evitar una conversión precipitada de los cientos de miles de individuos precarizados en un sujeto político emancipador denominado "preariado" (Standing 2013). Una combinación de indignación, miedo, impotencia y empoderamiento ilusorio es el material del que se sirven los movimientos xenófobos de extrema derecha (Maiso 2013) y los comportamientos electorales en Europa desde hace años no dan motivos

para tranquilizarse. Además las víctimas de la crisis forman agrupaciones muy heterogéneas, con distintos problemas, necesidades y, por tanto, diferentes demandas (inmigrantes irregulares o irregularizados, parados de larga duración, jóvenes con o sin estudios sin acceso al mercado de trabajo, mujeres del sector servicios con trabajos parciales y temporales, etc.). Sin embargo, también son reconocibles en sus protestas heterogéneas formas de resistencia y rebelión contra las relaciones laborales postfordistas y contra su legitimación discursiva que no sólo pueden permitir una confluencia, sino hacerlo en el sentido de una transformación social que apunte a una sociedad postcapitalista.

BIBLIOGRAFÍA

- ADORNO, Th. W. (1993): *Einleitung in die Soziologie: Nachgelassene Schriften IV/15*. Frankfurt a.M.: Suhrkamp.
- ALTVATER, E. (2012): *El fin del capitalismo tal y como lo conocemos*. Madrid: El Viejo Topo.
- ARANGUREN GONZALO, L. A. / GARCÍA ROCA, J. / VITORIA, F. J. (2014): *Indignación. Caminos de transgresión y esperanza*. Madrid: PPC.
- BADER, P. / BECKER, F. / DEMIROVIĆ, A. / DÜCK, J. (2011): "Die multiple Krise – Krisendynamiken im neoliberalen Kapitalismus", en: A. Demirovic et. all (eds.): *VielfachKrise. Im finanzmarktdominierten Kapitalismus*, Hamburg: VSA 2011, pp.11-28.
- CANDEIAS, M. (2014): „Szenarien grüner Transformation“, en: Brie, M. (ed.): *Futuring. Perspektiven der Transformation im Kapitalismus über den Kapitalismus*. Münster: Westf. Dampfboot.
- CHAVES GIRALDO, P. (2013): "Neoconservadurismo, neoliberalismo y protesta social. Un nuevo ciclo de protestas", en: P. Chaves, C. Prieto y R. Ramírez (eds.): *Crisis del capitalismo neoliberal, poder constituyente y democracia real*. Madrid: Traficantes de sueños.
- COMÍN, A. - GERVASONI V., Luca (Coord.) (2011): *Democracia Económica. Hacia una alternativa al capitalismo*. Barcelona: Icaria.
- DAIBERT B. / HOUTART, F. (2012): *Un paradigma poscapitalista: El bien común de la humanidad*, Panamá: Ruth Casa Editorial.
- FERNÁNDEZ DURÁN, R. (2011): *La Quiebra del Capitalismo Global: 2000-2030. Preparándonos para el comienzo del colapso de la Civilización Industrial*. Madrid: Virus.
- FERNÁNDEZ DURÁN, R. / GONZÁLEZ REYES, L. (2014): *En la espiral de la energía*. Vol. I: *Historia de la humanidad desde el papel de energía (pero no solo)*; Vol. II: *Colapso del capitalismo global y civilizatorio*. Madrid: Libros en Acción.

- FUMAGALLI, A. et all. (2009): *La gran crisis de la economía global. Mercados financieros, luchas sociales y nuevos escenarios políticos*, Madrid: Traficantes de sueños.
- GIL CALVO, E. (2014): "Del desafecto a la contienda: crisis, austeridad y ciclo de protesta", en: *Documentación Social* 173, 37-55.
- HAUG, F. (2009), *Die Vier-in-einem-Perspektive: Politik von Frauen für eine neue Linke*. Hamburg: Argument.
- JAPPE, A. (2011): *Crédito a muerte. La descomposición del capitalismo y sus críticos*, Logroño: pepitas de calabaza ed.
- JURIS, J. S. / RONAYNE, M. / SHOKOOH-VALLE, F. / WENGRONOWITZ, R. (2012): "Negotiating Power and Difference within the 99%", en: *Social Movement Studies* 11/3, 1-7.
- LACLAU, E. / MOUFFE, C. (1987): *Hegemonia y Estrategia Socialista*, México, Siglo XXI.
- LEIBIGER, Jürgen (2013): *Die Akkumulation des Kapitals: Vor dem finalen Crash?* Online Rosa Luxemburg-Stiftung, <http://www.rosalux.de/publication/40103/die-akkumulation-des-kapitals-vor-dem-finalen-crash.html>, última consulta 4.1.2014.
- LOREY, I / KASTNER, J. / WAIBEL, T. / RAUNIG, G. (2012): *Occupy! Die aktuellen Kämpfe um die Besetzung des Politischen*. Wien: Verlag Turia + Kant.
- MAISO, J. (2013): "Resentimiento, frialdad y vaciamiento de la democracia", comunicación en el XIII Simposio Ibero-Americano de Filosofía Política. *Liberdade e Poder no Mundo Contemporâneo*, 14 a 16 de outubro de 2013. – Juiz de Fora.
- KLIMA, A. (2012): *The Failure of Capitalist Production. Underlying causes of the Great Recession*. London: Pluto Press.
- KURZ, R. (2005): *Das Weltkapital. Globalisierung und innere Schranken des modernen warenproduzierenden Systems*. Berlin: Tiamat.
- KURZ, R. (2009): *Schwarzbuch Kapitalismus. Ein Abgesang auf die Marktwirtschaft*. Frankfurt a.M.: Eichborn.
- KURZ, R. (2012): *Geld ohne Wert*, Berlin: Horlemann.
- MARTÍNEZ VIRTO, L. (2014): *Sobreviviendo a la crisis. Estrategias de los hogares en dificultad*. Barcelona: Edicions Bellaterra.
- OBSERVATORIO METROPOLITANO (2011): *La crisis que viene. Algunas notas para afrontar esta década*. Madrid: Traficantes de sueños.
- PÉREZ OROZCO, A. (2014): *Subversión feminista de la economía. Aportes para un debate sobre el conflicto capital-vida*. Madrid: Traficantes de sueños.
- PIQUERAS, A. (2014): *La opción reformista: entre el despotismo y la revolución. Una explicación del capitalismo histórico a través de las luchas de clase*. Barcelona: Anthropos.
- POSTONE, M. (2007), *Marx Reloaded. Repensar la teoría crítica del capitalismo*. Madrid: Traficante de sueños.

- SÁNCHEZ, J. J. (2013): *De la pobreza a la exclusión: la lógica perversa del sistema imperante*. Murcia: Foro I. Ellacuría.
- SÁNCHEZ-CUENCA, I. (2014): *La impotencia democrática*. Madrid: Catarata.
- SCHWEICKART, D. (1997): *Más allá del capitalismo*. Santander: Editorial Sal Terra.
- STANDING, G. (2013): *El precariado. Una nueva clase social*. Barcelona: Pasado&Presente.
- VASSORT, P. (2012): *L'homme superflu. Théorie politique de la crise en cours*, Congé-sur-Orne: le passager clandestin.
- VELASCO CRIADO, D. (2011): "La creciente deslegitimación de la política", en *Iglesia Viva*, 246, 7-28.
- VELASCO, P. (2011), *No nos representan. El Manifiesto de los indignados en 25 propuestas*. Madrid Temas de Hoy.
- WALLERSTEIN, I. (1998): *Utopistics: Or, Historical Choices of the Twenty-first Century*. New York: New Press.
- WALLERSTEIN, I. (2010): "Crisis estructurales", en: *New Left Review*, N° 62, mayo/junio, 127-136.
- RAZQUIN, A. (2015): "Desbordamientos y viaje hacia la izquierda. Prehistoria del movimiento 15M: de #Nolesvotes a Democracia Real Ya", en: *Daimon. Revista Internacional de Filosofía*, n° 64, 51-70.
- ZIZEK, S. (1994): "The Spectre of Ideology", en: Id. (ed.): *Mapping Ideology*. London: Verso, 1-33 (trad. cast. on-line en: *Revista Observaciones Filosóficas* - N° 11 / 2010, <http://www.observacionesfilosoficas.net/elespectrodelai-deologia.html>).